

y distinguidos compañeros: Médicos los que en sus consultas particulares y en sus visitas domiciliarias encomiendan á sus mujeres el despacho de medicinas que confeccionan en sus casas: médicos los que combinan fórmulas que pregonan á grandes voces y por cuantos medios de publicidad están á su alcance, como remedio salvador para ciertas gravísimas dolencias, que hasta el presente nadie ha podido curarlas: Médicos los que firman certificados ponderando el valor terapéutico de determinados medicamentos secretos, que no conocen ni han experimentado nunca, aunque afirman lo contrario, y Médicos, en fin, muchos que faltan á sus deberes profesionales dando lugar á que la sociedad dude de su respetabilidad científica y de la garantía que debe prestarles el título con que fueron enaltecidos y honrados.

El tristísimo cuadro que acabamos de ofrecer á la meditación de nuestros compañeros, es por desgracia la expresión fidelísima de la verdad; y sin embargo, si nos fuera dado penetrar en el santuario de las conciencias, acaso pudiera adquirirse el profundo convencimiento de que muchos de los que allí figuran hayan sido arrastrados por la dura ley de la necesidad, acosados por el hambre, venidos en forzosa huida de pueblos donde los maltrataron é injuriaron; en una palabra, que quizás fueran acreedores al perdón de sus compañeros. Quién sabe lo que el porvenir nos tiene reservado: nada bueno: á seguir así las cosas, es probable que tengamos que ir turnando; y á evitarlo hemos de dirigirnos en común esfuerzo.

La defensa es la vida, la inacción sería la muerte.

Fuera ofender la notoria ilustración de nuestros profesores si nos entretuviésemos mucho en hablar de la honda crisis económica que aflige á la madre patria, crisis extendida á todos los Estados de Europa y de América desde 1885, y cuyas causas no han sido hasta hoy satisfactoriamente explicadas. Esta malhadada crisis afecta á todas las clases sociales, más que á ninguna otra á la nuestra, pues destinado el personal médico en su mayoría á ejercer la profesión en los pueblos rurales, donde por desgracia reina la más espantosa miseria, claro que no cobra sus haberes, y como por otra parte impera el más repugnante caciquismo, originase una ruin competencia, que da motivo á que los desdichados compañeros, víctimas de toda clase de intrigas á la cual más indignas, tengan que ir recorriendo su calvario, hasta que cansados de sufrir en unos y otros lugares, tomen la resolución suprema, la de refugiarse en Madrid, con lo que si ellos no mejoran de situación, en cambio agravan la de sus compañeros.

Las cosas más grandes no están exentas de graves inconvenientes, que así lo requiere nuestra natural imperfección.

Aquella gloriosa revolución que rompió los moldes antiguos